

YEHUDI MENUHIN

Violinista



El nuevo orden armónico

UN hecho sobresaliente que emerge de la dieta diaria de barbarie y crueldad desenfrenada que nos ofrecen las pantallas o la prensa es que la humanidad anda desaminada: no parece existir ya ninguna estructura en la que basar la conducta o el juicio.

Los campos de exterminio de la antigua Yugoslavia muestran un tremendo elemento de vacío... y de desorientación. Comencemos o no a disparar contra la gente debido al creciente escándalo provocado por el comportamiento nacional, el consenso es que tendríamos que haber intervenido en Yugoslavia hace ya un año o dos.

Tanto entonces como ahora, la determinación europea de no tolerar tan bárbara conducta en territorios situados dentro de la esfera europea habría tenido éxito.

La Comunidad Europea no existe tan sólo para crear un mercado libre y próspero. De manera mucho más importante, existe para proteger a todos los hombres, mujeres y niños europeos, sean musulmanes o cristianos, sean negros o morenos, sean nómadas o sedentarios, y para reconocer y proteger las múltiples culturas que enriquecen a Europa.

Se han producido matanzas espeluznantes y la carnicería amenaza con seguir, pero ahora lo que se necesita es prevenir, no curar. Nuestro objetivo ha de ser prepararnos e impedir que surjan nuevas erupciones y continúen las actuales. No creo que nos falte corazón ni decisión, pero sí que carecemos de claridad de ideas y objetivos.

Para Occidente las consecuencias de nuestra incapacidad para apagar los incendios de ira que actualmente arden en Europa son graves. Nos enfrentaremos a una crisis de refugiados de proporciones hasta ahora desconocidas y a una reacción de origen religioso y racial. Nuestros sueños de conseguir orden a través de una legislación que cuente con el apoyo internacional se romperán, como ocurrirá también con nuestros ideales referentes a la CE, además de que existe el peligro de que se vuelva a producir una guerra civil europea. Nuestro amor propio se verá herido por el fracaso de no haber sabido poner nuestra casa en orden.

PREJUICIOS.—Llevamos demasiado tiempo siendo prisioneros de ideas petrificadas: los conceptos de nación, religión, castigo y venganza, el desprecio autoritario para con los débiles. Debemos crear un nuevo juego de preceptos mundiales. Y hay tres iniciativas que considero de vital importancia.

En primer lugar, esa riqueza y esa belleza de Europa a las que tanto apego tenemos estriban en la gran diversidad de sus culturas. Al enseñar historia de

Europa hacemos hincapié en el avance del nacionalismo, pero olvidamos que, a lo largo de los tiempos, hemos creado un único tapiz de retazos unidos por una herencia lingüística común, por una iglesia común y por los matrimonios entre las distintas casas reales. No creo que nuestros actuales planes de estudios le hagan justicia a la historia de este extraordinario continente ni que respeten sus muchas culturas diferentes.

Pienso que vamos a pagar bien caro un enfoque que favorece más a la CE que a las personas que en ella residen. Necesitamos aprender de nuestros primeros años del sueño europeísta nuevas lecciones y nuevas actitudes. Debería enseñarse a nuestros hijos el respeto y la responsabilidad, el orgullo y la alegría.

Deberíamos conocer a nuestros vecinos a través del canto y el baile de sus distintas tradiciones musicales. La música es una forma incomparable de conocer la manera de pensar y sentir de culturas muy alejadas

sin su aprobación no podrían tomarse las decisiones de gobierno.

Las naciones de Europa gozarían de plena autonomía cultural a cambio de respetar la integridad de la Comunidad y de su contribución a las medidas colectivas.

Ha pasado ya la época en que el orden colectivo podía conseguirlo un único imperio —el británico, el austro-húngaro o el ruso-soviético—, pero es necesario establecer un nuevo orden mundial, ahora más que nunca.

El nuevo orden mundial debe evolucionar hasta convertirse en una responsabilidad común compartida para objetivos concretos: la confianza, la seguridad y el respeto de los seres vivos, de la vida humana, de toda la flora y fauna.

ARDOR NACIONAL.— Por desgracia, nuestros políticos, e incluso nuestros estadistas, movidos por un obsesivo y exagerado ardor nacional, no consiguen comprender aún esta nueva dimensión mundial. Parecen también inevitablemente atados, «bloqueados» por reflejos y condicionamientos que no se corresponden ya con las múltiples crisis de dimensión global a las que ahora nos enfrentamos. Pienso que, salvo que apliquemos ideas nuevas, nos estamos acercando a los límites de la democracia nacional y quizá incluso de nuestra sociedad de consumo.

Dado que no hemos trabajado nosotros mismos para obtener los privilegios del consumismo, sino que los hemos heredado, abusamos de ellos. Por ejemplo, han variado muy pocas cosas en los *townships* de la población autóctona de Sudáfrica desde que mi esposa y yo los visitamos hace cuarenta años. Se sigue permitiendo que las heridas se infecten sin ser atendidas. Se sigue humillando a las personas, se les siguen negando determinadas ventajas de la vida.

Condenamos la violencia al tiempo que la albergamos en nuestros propios pensamientos, en nuestros hábitos, en nosotros mismos. Haríamos bien en seguir mejores ejemplos que los que dan quienes se atacan entre sí por motivos políticos, quienes, mediante halagos, amenazas, insultos o promesas, nos inducen o nos abocan a hacer locuras a expensas de nuestro mejor juicio.

No hay tiempo que perder. Debemos intentar construir un mundo en el que puedan someterse a cuarentena y reducirse los inicuos actos de barbarie que se nos obliga a conocer a través de la vista y la lectura.

Si fracasamos, puede que no sobrevivan las formas de expresión humana más elevadas y más bajas, puesto que quizá veamos un día la aniquilación de la especie humana, al igual que ya hemos condenado a la extinción diversas especies en esta época que es la nuestra.

Traducción: José Antonio Torres

CONTRA LA CONFUSION

La sociedad civil

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

PUESTO que está de moda, hablemos de la «sociedad civil». Pero, en serio. Es decir, sin confundirla con cosas sociales tan parecidas en apariencia, pero tan diferentes en el fondo, como «sociedad», «asociación», «cultura», «colectividad», «comunidad», «opinión pública» o «hegemonía». Porque usar la «sociedad civil» como sinónimo de todos esos vocablos, en un discurso político de introducción de la Banca a causa de honor en la Universidad, es condenarse de antemano al limbo de los sueños incoherentes o al infierno de la confusión ideológica. Antes del siglo XVIII, la sociedad civil designaba a la sociedad política, en contraste con las sociedades doméstica, religiosa o natural. En la Ilustración, la sociedad civil fue la sociedad civilizada, frente a la salvaje y a la bárbara. Con Hegel comienza a separarse del Estado. Hasta que Marx consuma la escisión, reduciendo el campo de su sentido al que tiene en la etimología de la palabra alemana, que designa con la misma voz a la sociedad civil y a la sociedad burguesa. Pero el comunista Gramsci introdujo una dichosa novedad que es la que parece haber confundido al banquero. La de separar el poder ideológico (hegemonía) del poder económico (mercado) y del poder político (Estado), para llamar sociedad civil a la esfera moral donde se realiza la legitimación de la clase dirigente y la formación de la hegemonía. Innovación de trascendencia para la conquista del poder, a través del control de la hegemonía ideológica en la opinión pública (dominio de los medios de comunicación), que es más profunda y constante que la hegemonía electoral.

• • •

Se participe o no de la concepción que nos ofrece Gramsci, continuar usando todavía la oposición «Sociedad civil-Estado» (paraíso-infierno) para reformar el sistema político, es un anacronismo en los tiempos del llamado Estado social. Aquella oposición tuvo sentido antes de que el Estado asumiera, bajo la presión de las indigencias postbélicas, la decisiva función económica y social que hoy tiene. Bastan unas simples preguntas ejemplares para desvelar la artificialidad del discurso actual sobre la sociedad civil. ¿En qué esfera, política o civil, están los funcionarios del Estado? ¿Y los sindicatos financiados con fondos públicos? ¿Pertenecen a la sociedad civil los periodistas de la televisión pública y los intelectuales de la universidad estatal? No hay necesidad de alargar la lista para comprender la fantasía espiritual que se nos propone: acudir a una fantasmal sociedad civil que «revitalice» el mundo político del Estado de partidos, mediante su «presencia» en las instancias estatales. La ubicuidad del espíritu civil, en misa y repicando, daría paso al espiritismo político de todas las fórmulas orgánicas.

• • •

Se podría pensar que estos ejemplos sólo demuestran que la esfera de autonomía de la sociedad civil se ha estrechado a causa de una tendencia estatizadora, inherente al Estado de partidos, que debe ser frenada y contrapesada mediante la «vertebración» de los restos de la sociedad civil que todavía continúan siendo autónomos. Pero se podría hacer también otra lista interminable de las instituciones civiles que prefieren perder su autonomía y convertirse en elementos estatales. El reciente caso de Antena 3 y «La Clave» es ilustrativo de esa tendencia de lo civil a colaborar con el poder político para recortar la libertad de expresión. Pero tomemos como ejemplo definitivo el caso de la Banca. Se nos convoca a vertebrar una sociedad civil que está mucho más vertebrada por el capitalismo que la sociedad política por el Estado de partidos. El convocante está legitimado para hacerlo como miembro de la clase dirigente. Pero no lo está como banquero. En los tiempos de Ibsen, «las fuerzas vivas de la sociedad» eran los banqueros, los industriales y los comerciantes, junto con los profesionales liberales. Pero ahora, los banqueros son «las fuerzas vivas del Estado». No pertenecen ya a la sociedad civil porque su tarea principal, emitir dinero bajo forma de créditos bancarios, es una función estatal que la Banca privada ejecuta bajo intrucciones, vigilancia y control del Banco de España. El discurso político de un banquero no puede ir, en los tiempos actuales, más allá de una súplica al Estado de partidos. En este caso, para que «dé cobijo» a las representaciones sociales, económicas y culturales, a fin de que no se vuelvan «endogámicas» y sean colaboracionistas del régimen político. El poeta había ya percibido el riesgo con antelación: «lo que siempre ha hecho del Estado un infierno en la tierra ha sido, precisamente, el intento del hombre de convertirlo en su cielo» (Hölderlin).